
SN CAMILO
DE LELIS
PATRON DE LOS ENFERMOS

SAN CAMILO DE LELIS

(Patrono de los Enfermos)

SALVADOR ARTEAGA

(Religioso Camilo)

Editorial

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78 - www.apostoladomariano.com



El sueño de la Madre

La cuna de Camilo está rodeada de señales y hechos prodigiosos, con los que el cielo parece que quiso presagiar la misión del futuro apóstol de la caridad. Algo parecido a lo que ocurrió en La Montaña de Judá cuando nació el Bautista. Los habitantes de Boquiánico se preguntaban como los de Ein Karem : ¿Qué va ha ser de este niño? Y la respuesta era obvia: Algo grande, sin duda.

Boquiánico, patria de Camilo, es una pintoresca villa de los Abruzos, provincia de Chieti, en Italia. Sus padres, nobles venidos a menos, fueron Juan de Lelis y Camila Compellio. Cuando ésta frisaba en los sesenta años -así lo dice un autor- y había perdido la esperanza de sucesión con júbilo grande se sintió embarazada y la alegría de ambos esposos fue transmitida a parientes y vecinos. Pero un suceso misterioso vino a nublar la natural alegría de la maternidad.

Poco tiempo antes del parto, Camila vio en sueños una multitud de niños capitaneados por su hijo y marcados todos con una cruz roja en el pecho. La buena señora se imaginó que, andando el tiempo, su hijo sería un malhechor y jefe de bandoleros.

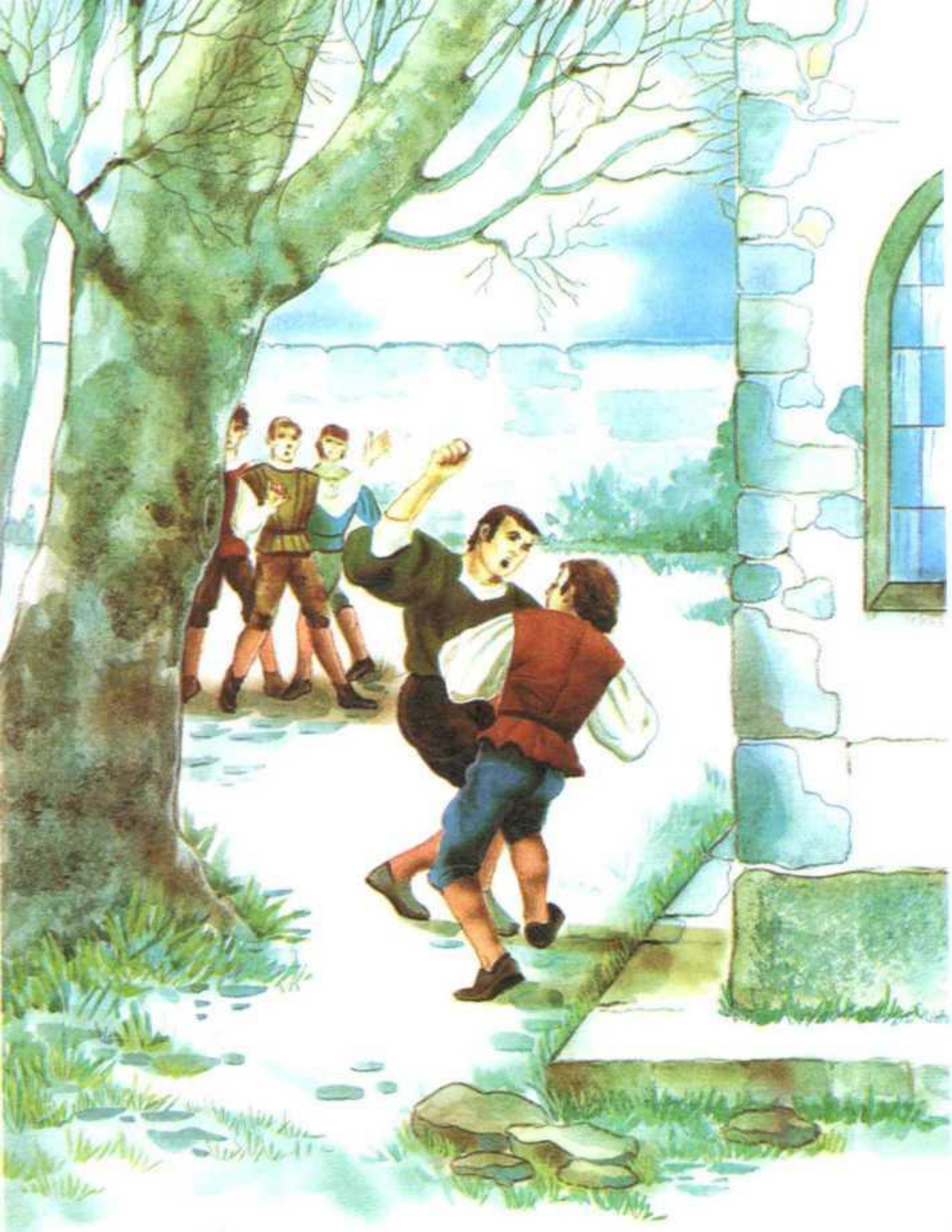
Muy diversos eran los designios del Señor, pues aquel sueño se iba a cumplir de manera muy positiva. Pero la buena mujer, que vivió lo suficiente para conocer lo trasto que era su hijo, vivió con esa preocupación y a la tumba se fue con aquella pena.



Nace en un establo, como Jesús

La fecha y las circunstancias del nacimiento de Camilo también tuvieron algo de prodigioso. El 25 de mayo, Boquiánico celebraba la fiesta de su Patrón, San Urbano, papa y mártir. Aquella mañana de primavera de 1550, Camila, como fervorosa cristiana que era y a pesar de su avanzado estado de gestación, acudió a la Parroquia para asistir a la Santa Misa y, durante la ceremonia, se le presentaron los primeros síntomas del alumbramiento. Volvió a su casa y se echó sobre la cama, pero, molesta e inquieta por los nervios y los dolores se levantó y anduvo sin tino por la casa; al llegar al establo, se acostó sobre la paja y allí, sin mayores dificultades, dio a luz un hermoso niño. Así nació Camilo de Lelis, como Jesús, sobre la paja, en un establo. Las vecinas que acudieron presurosas a interesarse por el estado de Camila, solo pudieron certificar la felicidad del alumbramiento.

Aquel 25 de mayo fue grande y feliz para Boquiánico, Honraban festivamente a un Santo de fuera que les protegía desde antiguo y les nació un Santo de casa, que iba a ser la mayor gloria del pueblo. Juan de Lelis, capitán y jefe de la guarnición del pueblo, disparó las salvas en honor de San Urbano y corrió a ver a su rollizo hijo y a abrazar a su mujer, y le dijo: Tenemos un hijo que ya está para mandarlo a la escuela.



Guerrero, como su padre

A la escuela precisamente no fue demasiado. Lo justito para aprender a leer y escribir. El padre, de profesión sus batallas, estaba casi siempre fuera del pueblo y la madre, muy mayor, a pesar de su buena voluntad por educarlo bien, no podía con aquel niño difícil; pero a pesar de su carácter revoltoso y juguetón, logró infiltrar en su alma nobles sentimientos que, adormecidos algún tiempo, brotarían más tarde y darían sus frutos.

A los trece años pierde Camilo a su madre que murió encomendándole a la Virgen María. De momento no se enteró de lo que había perdido y siguió en el pueblo entregado a los juegos y diversiones propias de la edad, hasta los diecisiete años, en que decide dedicarse a la carrera de las armas, siguiendo la costumbre de los varones de la familia. Se une a los voluntarios que reclutaba Venecia, para ir contra los turcos, pero se le frustra la primera aventura guerrera por la contraorden del Virrey.

Dos años más tarde, él y su padre se alistan de nuevo en las tropas venecianas, y a punto de embarcar en Ancona, enfermaron los dos y decidieron volver al pueblo. En el camino, cerca de Loreto, se agrava la enfermedad del padre, que fallece cristianamente confortado con los Santos Sacramentos de la Iglesia. Esta muerte, y sobre todo el modo en que su padre la aceptó desde la fe, afectó mucho a Camilo, que, sólo en el mundo, aprendió a acogerse a la paternidad de Dios.



La llaga que no se cura

Durante su estancia en Ancona, se le formó a Camilo una llaga en el empeine del pie derecho, a causa de un ligero rasguño. Aquella llaga no iba a cerrarse nunca del todo. Aquella llaga iba a ser providencial; iba a marcar su vida y su destino. Edificado por la modestia, la humildad y la pobreza de dos hijos de San Francisco, a los que vio "predicar" por la calle, hizo propósito de hacerse religioso, pero su propio tío, que era Guardián del Convento de Acquila, le disuadió de ello prudentemente y le aconsejó atender a su delicada salud y a curar su llaga.

Este consejo le encaminó a Roma, al Hospital de Santiago, "el de los Incurables". Allí, mientras le trataban la llaga, le ofrecieron un puesto de enfermero, que aceptó. Este primer contacto con el hospital le sirvió para conocer personalmente las deficiencias de los hospitales de aquella época, pero él poco contribuyó a remediarlas. Su carácter pendenciero, su afición al juego y el abandono de sus obligaciones fueron motivos suficientes para que le despidieran por incorregible y por inepto para el oficio de enfermero. ¡Qué ironía! Despidieron por inepto a quien Dios había elegido para ser el modelo de los enfermeros del mundo entero.

Corría el otoño de 1569 y tiene que volver a la milicia. Nuevos caminos, nuevas aventuras, nuevos fracasos. Pero no estaba lejano el día de su encuentro con el Señor.



¡No más mundo!

Mientras las tropas turcas y cristianas se enfrentaban en Lepanto, Camilo, en una tienda, luchaba contra la fiebre entre la vida y la muerte. “Sobreviví -reconocía más tarde- gracias a los Santos Sacramentos que me administraron”.

Algún dinero ganó en la milicia, pero lo perdió todo en el juego. Hasta la camisa se jugo un día y la perdió y luego, cabizbajo y triste, a pedir limosna por amor de Dios.

Navegando en galeras españolas -también sirvió en nuestra armada- una tremenda tempestad entre Palermo y Nápoles le hizo renovar el voto de hacerse capuchino, y, de momento, encontró trabajo en las obras de un convento en Manfredonia. Aunque con repugnancia, aceptó transportar con dos asnos materiales de construcción.

Terminada la obra, se quedó como criado de confianza de los frailes y un buen día -nunca mejor dicho- le enviaron a otro convento a llegar y traer unos encargos. El P, Guardián le invitó a pernoctar y tuvo con él una charla dulce, piadosa y espiritual. Al día siguiente oyó misa, se acomodó en su jumento entre dos odres de vino y, rumiando la plática del Guardián, emprendió el camino de regreso a Manfredonia. En aquel camino se iba a encontrar con Jesús como San Pablo en el de Damasco, cuando cayó del caballo. Camilo cayó del burro, y, postrado en tierra, exclamó: “Perdona, Señor, a éste pecador. ¡No más mundo, no más mundo!”. Este día, 2 de febrero de 1575, fue el de su conversión, de su cambio radical. La Virgen, en la fiesta de su Purificación, le había echado una mano.



Novicio capuchino

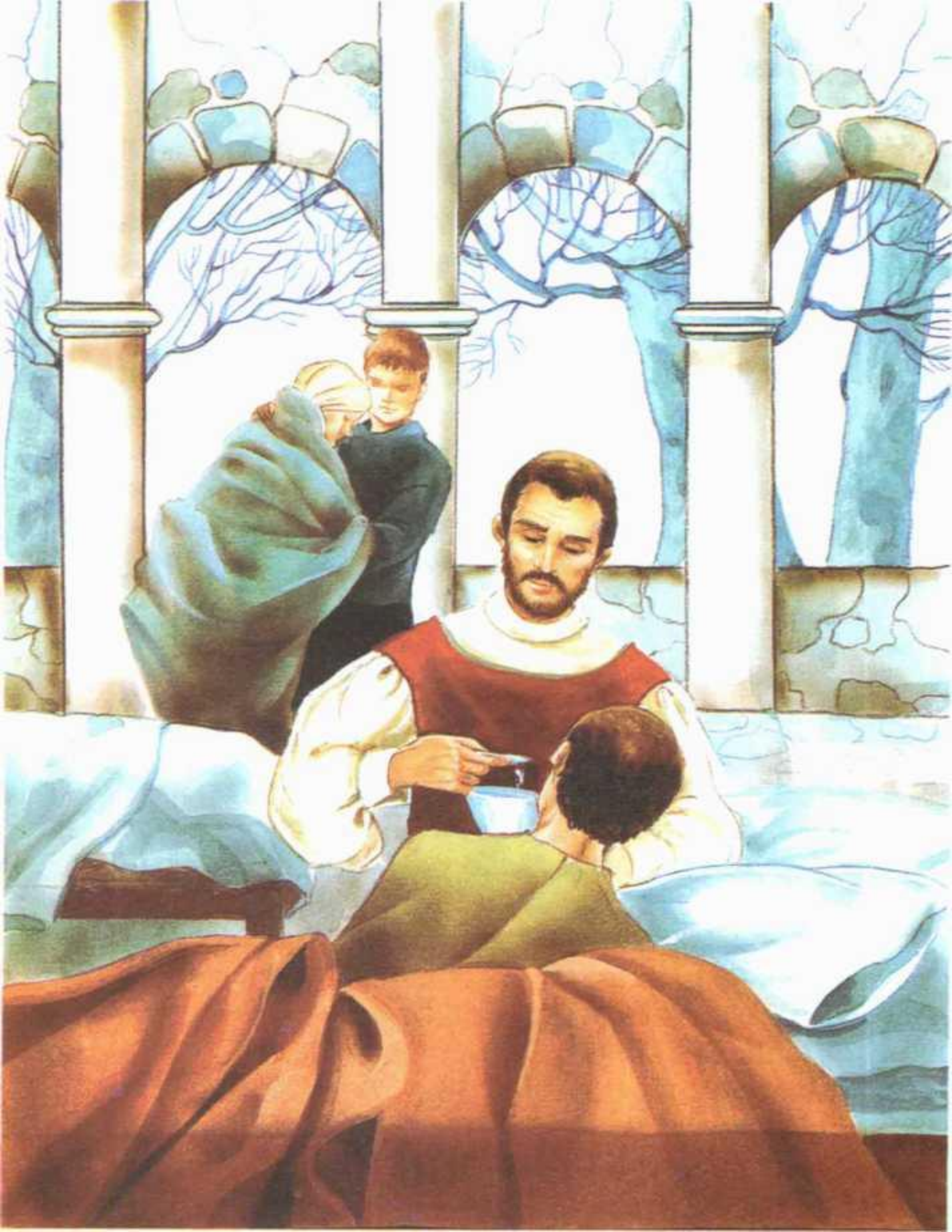
Convertirse es cambiar. Los santos, cuando se convierten, cambian de verdad y para siempre se les nota. A Camilo se le notaba. De nuevo brotan en él, los deseos de hacerse capuchino. “Si hubiera encontrado un hábito por el camino, -decía- me lo hubiera puesto sin contar con los frailes”.

Los frailes, los bondadosos frailes, que habían notado el cambio esta vez lo admitieron sin ponerle pegas y lo mandaron a Trivento a tomar el santo hábito e iniciar el noviciado. En el trayecto, con las prisas, quiso badear un río por lo más hondo y una voz misteriosa le avisó del peligro y le libró de ahogarse. Así lo cuenta algún biógrafo.

Su gozo al verse con el hábito religioso fue grande y tanto destacaba por su fervor y sus virtudes, sobre todo por su humildad, que sus compañeros le llamaban “Fray Humilde”.

Sólo dos meses le duró ésta alegría y paz, porque con el constante roce del sayal con el empeine, empeoró su llaga que comenzó a hincharse y supurar, hasta el punto de impedirle caminar. En vista de ello, los Superiores, sintiéndolo mucho, tuvieron que despedirle, prometiéndole, eso sí, que le readmitirían si la herida se curaba.

La dichosa llaga iba guiándole y los Superiores, esta vez, acertaron al interpretar la voluntad de Dios. Camilo supo aceptarlo así y, sin aflojar en su fervor, tomó el camino de Roma para ganar el Jubileo. Todavía estábamos en el Año Santo 1575.



Al hospital otra vez

Reforzado en su espíritu por la gracia del Jubileo, Camilo volvió al "Hospital de los Incurables", al mismo de la otra vez. Ahora el que no era el mismo era él; ahora era "enfermo con los enfermos"; trataba de curarse él y cuidar a los demás, e inició un hermoso aprendizaje de servicio amoroso a los enfermos que maravillaba a todos, sobre todo a los que le habían conocido antes.

La gracia de Dios le había transformado. El soldado tosco y manazas de antes era ahora como una madre, llena de ternura, para los enfermos. Los curaba, los bañaba, les daba de comer a la boca; hasta biberones aprendió a dar... Y mientras los cuidaba, los acariciaba y animaba y les enseñaba a mirar al cielo y confiar en el Padre. Todo corazón para los enfermos, parecía un ángel consolador.

En esta misión le quería el Señor, pero él seguía aferrado a su voto de hacerse capuchino y al cabo de tres años, como parecía que la llaga se había cerrado, contra el parecer de su confesor, San Felipe Neri, volvió a sus frailes, que le recibieron con los brazos abiertos. Los que se quedaron con pena fueron los enfermos del hospital.

Inició un segundo noviciado, que también duró poco. Ahora le llamaban "Fray Cristóbal" por lo grandote que era, y por los grandes pasos que daba hacia la santidad. Pero éste no era su camino; la llaga volvió a abrirse y supurar y, angustiado, pero aceptando la voluntad de Dios, que le quería entre los enfermos, regresó a Roma, a su querido Hospital de Santiago.



Mayordomo

Al entrar de nuevo en el hospital pudo decir: “Dios no me ha querido para capuchino; me quiere aquí, al servicio de los pobres enfermos”.

Enfermos y personal le recibieron con gran contento. El cargo de Mayordomo estaba vacante y se lo ofrecieron y él lo aceptó para ser más útil a sus queridos enfermos. En efecto, esta circunstancia, también pudo ser providencial, porque desde un modesto puesto de trabajo se influye en la mejora de la sanidad, pero los derechos de los enfermos se defienden mejor desde los cargos de responsabilidad.

Camilo aprovechó el cargo para emprender una reforma a fondo. Los problemas y las deficiencias ya los conocía. Había mucho que cambiar, empezando por lo más elemental: Que los enfermos no pasen sed, que se les enjuague la boca y se les ayude a comer, que nadie se caiga al suelo, que la comida sea nutritiva y esté caliente, que haya limpieza e higiene, que se evite la promiscuidad, que no falten vendas de hilo ni utensilios para las necesidades de los enfermos, etc. Y lo más importante, que se haga todo con amor cristiano y con delicadeza, “ como cuidan las madres a su hijo único, cuando está enfermo”.

Predicaba con el ejemplo y, como mayordomo, exigía a todos, médicos incluidos, el cumplimiento de su deber, y a los proveedores del hospital que trajeran buen género. Para los enfermos lo mejor, porque “los enfermos son la niña de los ojos y el corazón de Dios”, y, metiendo una cuña evangélica añadía: “Cuanto hagáis por estos pobrecitos, lo hacéis por Dios mismo”



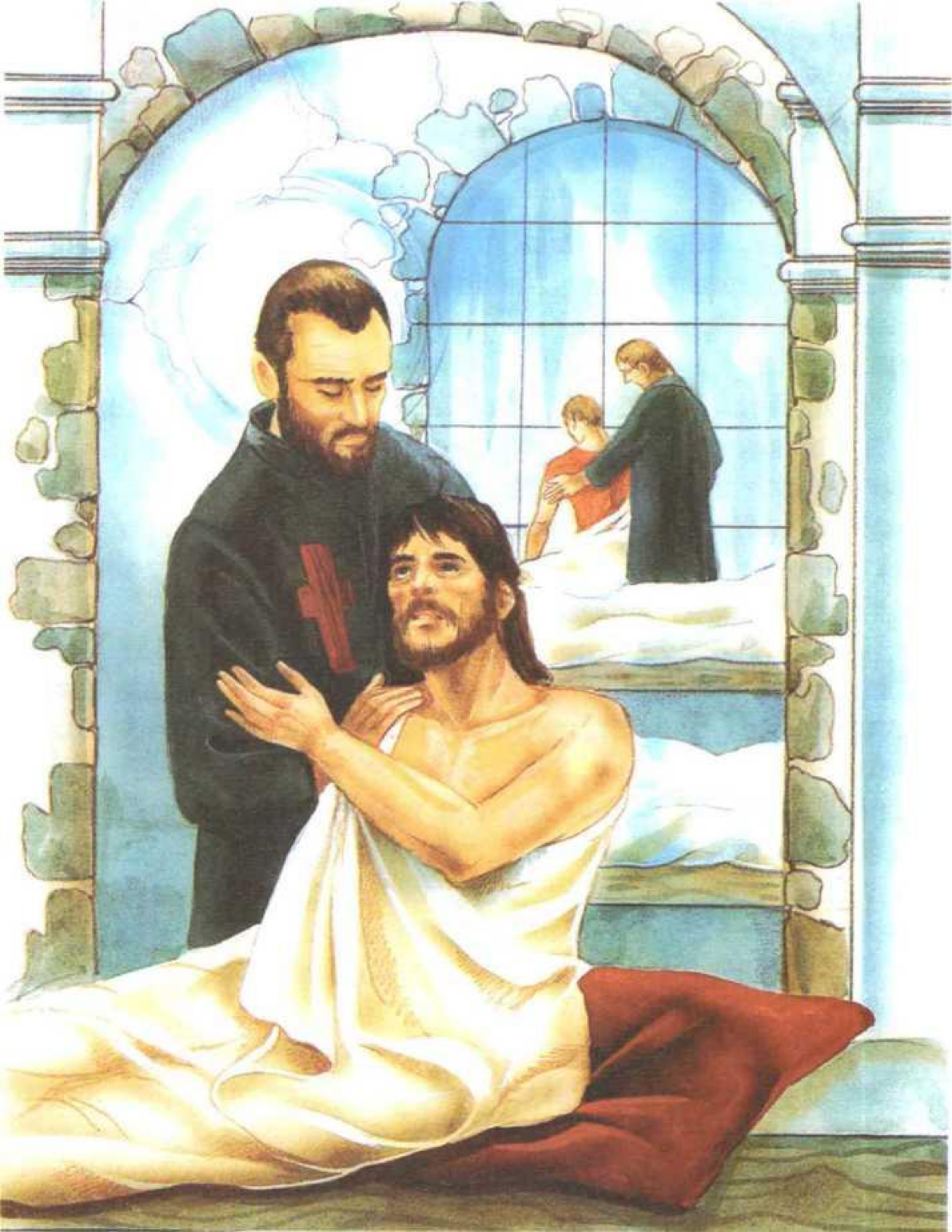
El crucifijo

Mejorar la asistencia corporal y espiritual a los enfermos era la obsesión de Camilo. Este pensamiento le martilleaba la cabeza. La Víspera de la Asunción de la Virgen recorría las salas rumiando la idea y de pronto un rayo de luz le iluminó: ¿No se podría formar un grupo de hombres piadosos que, por amor a Dios y sin ningún interés humano, cuidaran a los enfermos con cariño maternal?.

Comunicó su idea al Capellán y a algunos de los empleados más fervorosos. Les pareció bien y enseguida pusieron manos a la obra, inflamándose todos en amor a los enfermos con las exhortaciones de Camilo. Pronto empezó la oposición y casi persecución. Se les prohibió reunirse y se les destrozó el improvisado oratorio.

Descorazonado Camilo se desahogó y reanimó ante un hermoso Crucifijo del hospital, que había trasladado a su propia celda. Siguieron con sus reuniones, su oración, sus fervores asistenciales y... siguieron las dificultades y la oposición. Y el santo Crucifijo volvió a animar a Camilo que -recalcan los biógrafos- estaba muy despierto, cuando vio iluminarse el rostro de Cristo que, desclavando los brazos, los dirigió hacia él y con voz clara y dulce le dijo: “¿De qué te afliges, pusilánime? Esta obra no es tuya, sino mía”.

Es fácil imaginarse el empuje y el entusiasmo que suscitaron estas palabras en Camilo, que ya no dudó nunca de la misión que Dios le confiaba. Aquel Crucifijo era su aliado y acabó llevándoselo a su casa sin permiso de nadie.



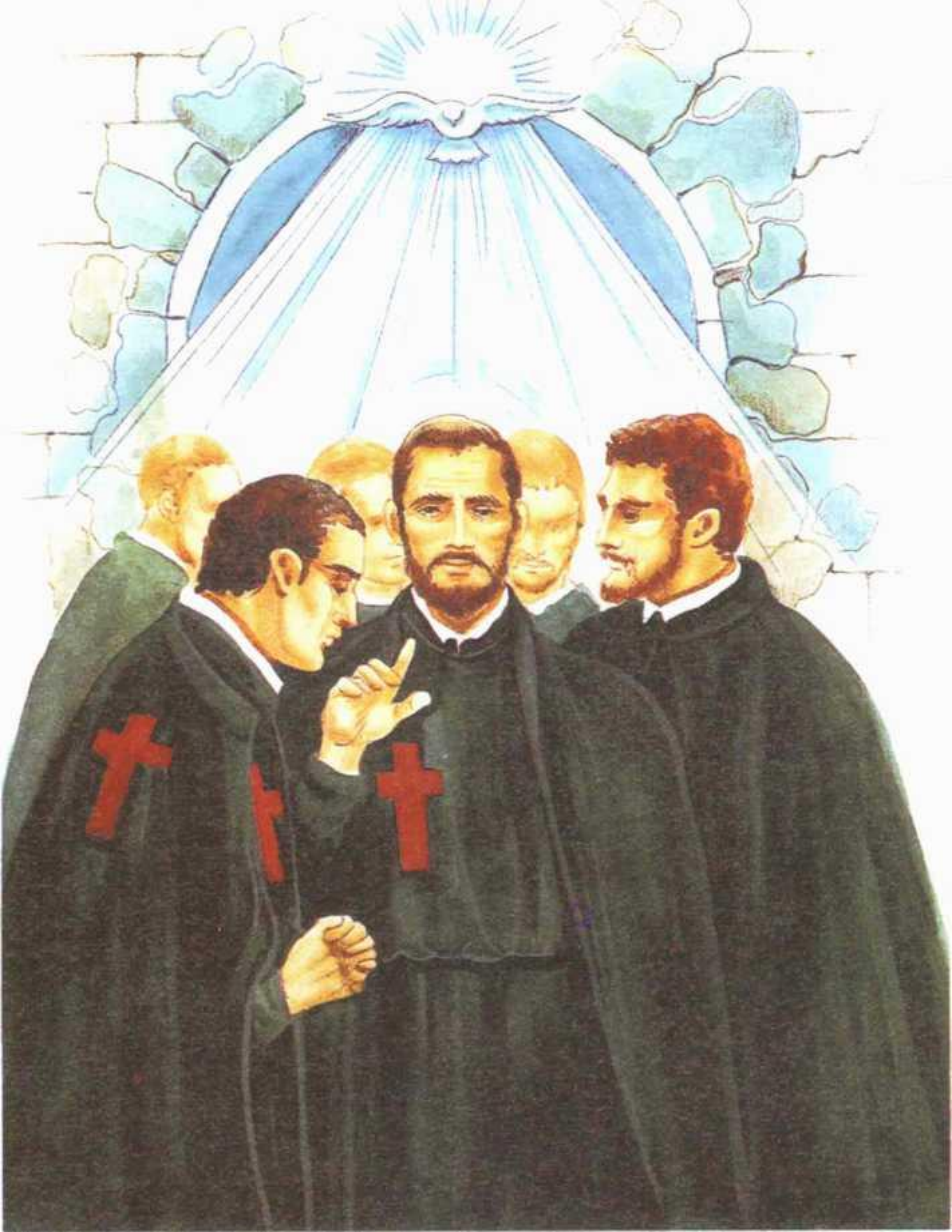
Sacerdote

Dejó el cargo de mayordomo y se dedicó a sus enfermos y a sus labores de Fundador y animador de sus compañeros. Y se decidió a hacerse Sacerdote. Pensaría quizá -u otros se lo dirían- que siendo Sacerdote iba a encontrar más facilidades en la Curia romana, pero estaba seguro de que su sacerdocio no le iba a quitar del cuidado corporal a los enfermos, ya que estaba convencido de que el cuidado integral a un enfermo empieza por atender a las necesidades del cuerpo.

A los 32 años empezó a estudiar latín en el Colegio Romano de los Jesuitas, entre niños de doce años que le decían: Tarde viniste. Y las pocas Humanidades y Ciencias sagradas que aprendió antes de ordenarse, no le iban a ir mal para conocer y servir a la persona entera, cuerpo y alma.

El 26 de mayo de 1589, becado por un amigo romano que se llamaba Fermo Calvi, Camilo se ordena de sacerdote. Hasta este día había ofrecido al Señor el sacrificio diario de su servicio al enfermo "y desde entonces / ofrece sobre el ara / víctimas dobles: / el Cordero divino / que a la Cruz sube / y la persona humana / que en cama sufre./ Ofrecía ambas hostias / con tal recogimiento / que los fieles pedían / y consiguieron / distinto toque / cuando el Santo oficiaba / su Misa doble."

Lo dicho: no dejó de asistir a los enfermos, pero tampoco dejaba su misa diaria, que celebraba con auténtico fervor y concentración, como lo demuestra algún cuadro antiguo. Y los fieles devotos no querían perderse aquella misa.



Fundador

Recién ordenado sacerdote le nombraron Capellán de la cercana Iglesia de N“ Sra. de los Milagros, la entrañable “Madonnina”, que tenía vivienda adjunta. Allí se formó el núcleo de la nueva fundación; allí dio Camilo el hábito a sus primeros compañeros y allí empezó a hacerse realidad la nueva idea asistencial: vivir en Comunidad como Religiosos y trabajar en el hospital copio fervorosos enfermeros.

Continuaron las dificultades, las penurias y las pegas que sistemáticamente se oponen a las ideas nuevas, por buenas que sean; pero la “plantita” de Camilo, como era obra del Crucificado, siguió adelante. La aprobación definitiva fue obra del Papa Sixto V, que dio al Instituto mucha categoría dentro de la Iglesia: Orden religiosa, clerical, exenta, con el nombre oficial de “Clérigos Regulares, Servidores de los Enfermos” y como carisma propio, u objetivo principal, atender a los enfermos, aunque haya peligro de contagio. Así lo prometen estos religiosos con su cuarto voto.

Como Camilo vio al Papa bien dispuesto, se atrevió a pedirle otro favor: que, como distintivo, les permitiera llevar una Cruz Roja sobre el pecho. El Papa se lo concedió gustoso y el 29 de junio de 1586 los romanos contemplaron con admiración un grupo de religiosos que, luciendo una hermosa cruz roja en el pecho, acudieron a la Basílica Vaticana a darle las gracias al primer Papa, el Apóstol San Pedro.

Algún tiempo después Camilo pudo lucir su flamante cruz roja por las calles de su pueblo y decirles a sus paisanos: Esta es la Cruz Roja, que soñó mi madre.

El carisma de San Camilo

A Camilo, que moriría santamente en Roma el 14 de julio de 1614, le quedaba mucho por hacer: Dirigir su Orden como Superior General, extenderla con nuevas fundaciones y estimular a sus religiosos con el ejemplo, inculcándoles que donde haya enfermos allí tienen que estar ellos. “Si no hubiera enfermos -decía- habría que buscarlos bajo tierra”. De hecho, buscaba entre las ruinas a los apestados.

Cuando se declaraba la peste en una ciudad, allá iba él con un grupo de religiosos a atender a todos sin miedo al contagio. La gente que escapaba le decía: Padre, no vaya a tal sitio que hay peste. Y él respondía: “Pues por eso vamos allá”, vio morir contagiados a decenas de sus religiosos, y sentía una santa envidia, pero Dios no le quiso Mártir glorioso de la Caridad, sino Héroe desgastado por sus esfuerzos a favor de los enfermos y por sus propias enfermedades, incluida la dichosa llaga.

Dios lo eligió para recordar a los cristianos el compromiso evangélico que tenemos todos de cuidar bien a los enfermos; que de eso nos van a juzgar: “Estuve enfermo y me visitásteis: lo que hicisteis con uno de mis hermanos pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mat. 25) Y a sus religiosos les dejó en herencia el carisma, o don divino “de testimoniar al mundo el amor, siempre presente de Cristo a los enfermos”.

Camilo fue canonizado por el Papa Benedicto XIV el día de San Pedro de 1746 y el Papa León XIII, en 1886 declaró a San Camilo y a San Juan de Dios celestiales Protectores de Enfermos y Hospitales.


9 788477 703518